

Nueva Novela Histórica Hispanoamericana

Por Juan José Barrientos

Reynaldo Arenas convirtió a Carpentier en un personaje de su novela *El mundo alucinante*, al que Fray Servando encuentra en México en el Palacio Nacional:

Aquel hombre (ya viejo), armado de compases, cartabones, reglas y un centenar de artefactos extrañísimos (...), recitaba en forma de letanía el nombre de todas las columnas del Palacio, los detalles de las mismas, el número y la posición de las pilastras y arquivadas, la cantidad de frisos, la textura de las cornisas de relieve, la composición de la cal y el canto que formaban las paredes, la variedad de árboles que poblaban el jardín, su cantidad exacta de hojas, y finalmente hasta las destructivas familias de hormigas que crecían en las ramas (p. 198).

El mundo alucinante se publicó en México en 1969, pero ya había ganado un premio en Cuba tres años antes, y esta caricatura es importante porque revela la posición de Reynaldo Arenas ante la novela histórica que se había escrito en los países hispanoamericanos durante los años anteriores y que estaba precisamente representada por *El reino de este mundo* (1949) y *El siglo de las luces* (1962), que luego han sido poco a poco descartadas como modelos a medida que se renovaba el género con obras cada vez más audaces, entre las que ahora hay que mencionar *El arpa y la sombra* (1979), de Alejo Carpentier, que es un relato histórico muy diferente a los primeros.

Años después el mismo Arenas señalaría en una entrevista que "en las novelas de Carpentier llega un momento en que los personajes están tan connotados por la historia (...) que no se pueden mover: cada vez que se mueven hay que connotar el paso que dan, la época de la alfombra que pisan, el paño con que se cubren el cuerpo, el mueble donde finalmente se sientan; es decir que hay que agotar el contexto tan fielmente que llega un momento en que por ejemplo el personaje Sofía, de *El siglo de las luces*, casi no puede moverse con toda la utilería con que Carpentier la provee"; en esta novela, por cierto, le molestó que el autor "ni siquiera tratara de evitar el uso del vocabulario de aquella época". Desde luego, admite que hay en ella "una gran labor de lexicografía, de erudición, pero esto no tiene nada que ver con la imaginación creadora" (Santi, p. 25). Todas estas declaraciones incendiarias se habrían podido publicar en un manifiesto sobre la necesidad de renovar el género, pero sin duda debido a las circunstancias Reynaldo Arenas prefirió burlarse de Carpentier en un pasaje de la novela que escribió precisa-

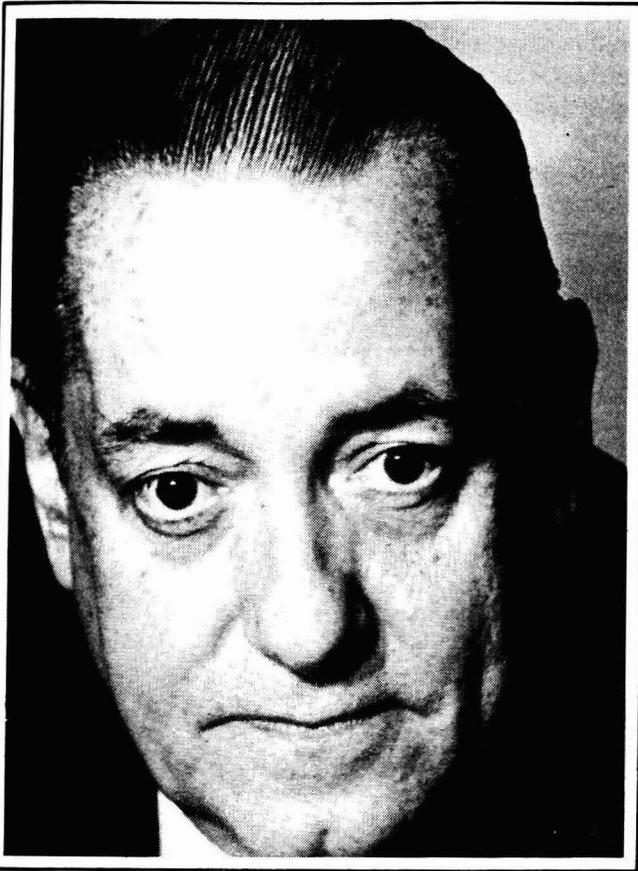
mente en respuesta a las de éste y muy especialmente a *El siglo de las luces*.

Erudición/Imaginación

La oposición que existe entre estas obras resulta más clara si pensamos que no sólo son novelas históricas sino también biografías (noveladas, claro). Los personajes principales de una y otra son revolucionarios que vivieron en la misma época, pues Victor Hugues emprendió la reconquista de la Guadalupe en el verano de 1794 y la retuvo bajo su mando hasta fines de 1798 cuando regresó a París para ser nombrado gobernador de la Guayana en septiembre de 1799, cargo que desempeñó hasta principios de 1809 cuando tuvo que capitular ante portugueses y españoles, pero que recuperó en cierta forma cuando en 1817 se le nombró comisario del rey en Cayena, de donde regresó ciego a Francia para morir cuatro años más tarde; por su parte, Fray Servando pronunció en 1794 su sermón sobre la virgen de Guadalupe, por el cual se le desterró a España, de donde logró escapar a Francia y luego a Italia, pero a la que volvió primero en 1804 y después de una estancia en Portugal en 1808 para luchar contra los franceses; posteriormente, se refugió en Inglaterra, donde se incorporó a la expedición de Francisco Xavier Mina, con la que regresó a México en 1817 para participar activamente en la política nacional hasta su muerte en 1827. Hay que señalar, sin embargo, que se trata de revolucionarios muy diferentes, pues uno ejerció el poder y el otro se mantuvo siempre en la oposición.

Tal vez la principal diferencia entre estos personajes radica en que Victor Hugues era un desconocido antes de que Alejo Carpentier decidiera rescatarlo del olvido en una novela, pues hasta entonces sólo se contaba su vida en un artículo de la *Biographie universelle* de Michaux, mientras que Fray Servando escribió sus memorias, primero en la Inquisición, donde estuvo detenido tres años, y luego en la fortaleza de San Juan de Ulúa por haber creído que el manuscrito anterior había sido destruido;¹ además, dejó una considerable cantidad de documentos y escritos que han dado lugar a innumerables discusiones e impresos, a todo lo cual hay que agregar que, antes de que se publicara *El mundo alucinante*, se escribieron por lo menos tres biografías importantes de Fray

¹ En el discurso que pronunció el 15 de julio de 1822, al ser recibido como diputado por Nuevo León al primer Congreso Constituyente, Fray Servando aseguró que "En la Inquisición, donde estuve tres años, escribí mi vida,



Alejo Carpentier

Servando: *Los desasosiegos de Fray Servando* (1948), del español Eduardo de Ontañón, *Fray Servando* (1951), de Artemio de Valle-Arizpe, y *The Enigmatic Padre Mier* (1955), de Bedford Keith Hadley. Esto es muy importante porque, al escribir sobre un personaje tan poco documentado como Víctor Hugues, Alejo Carpentier tenía un gran margen de acción, mientras que Reynaldo Arenas resulta en comparación muy limitado; sin embargo, éste es el que más inventa.

El siglo de las luces y *El mundo alucinante* representan indudablemente dos maneras opuestas de novelar. En la primera de estas novelas, el personaje principal sólo se ve *de fuera*, ya que conocemos sus actos y sus palabras, pero sólo se infieren sus pensamientos; la elección de esta perspectiva no es inapropiada porque Víctor Hugues era sobre todo un hombre de acción, y el éxito de Carpentier radica en que supo inventar otros personajes —Sofía y Esteban—, desde cuyo punto de vista podía recrear tranquilamente los hechos. Su papel es el mismo que desempeña Ti Noel en *El reino de este mundo*, pues por ejemplo éste conoce ahí a Macandal o asiste a la reunión del Bois Caiman en que se decide la rebelión de Boukman. Es cierto que hay pasajes en esta novela donde se cuenta desde el punto de vista de Paulina Bonaparte o de Henri Christophe, pero por lo general los personajes históricos se ven desde la perspectiva de personajes imaginarios. En cambio, en

creo que en cien pliegos, comenzando desde mi sermón de 1794 hasta mi entrada en Portugal en 1805..." (1: p. vii). Se refería a la "Apología del Doctor Mier" y a la "Relación de lo que sucedió en Europa al Doctor Don Servando Teresa de Mier después que fue trasladado allá por resultados de lo actuado contra él en México, desde julio de 1795 hasta octubre de 1805". Hadley asegura que Fray Servando creyó perdidos estos textos, por lo cual escribió en San Juan de Ulúa el llamado "Manifiesto apologético" (p. 180), que sólo se publicaría en 1944 con otro texto autobiográfico, la "Exposición de la persecución que ha padecido desde el 14 de junio de 1817 hasta el presente de 1822 el Doctor Servando Teresa de Mier, Noriega, Guerra, etc."

El mundo alucinante prácticamente todo se cuenta desde la perspectiva del propio protagonista, a pesar de que el relato se compone de pasajes escritos en primera persona, pasajes escritos en tercera persona y pasajes escritos en segunda persona. Por otra parte, hay que señalar que, una vez elegida la historia que ha de contar, Alejo Carpentier inventa alrededor, a los lados, y que esto es una consecuencia de la perspectiva elegida; en los capítulos iniciales de *El siglo de las luces* ni siquiera se menciona al personaje principal, pues sólo se habla de unos niños que se han quedado más o menos solos en una casa donde al final se escucharán unos aldabonazos que anuncian la entrada en escena de Víctor Hugues. En cambio, la invención de Arenas es decididamente central, ya que no se limita a imaginar episodios y personajes marginales, sino que reelabora la historia que se ha propuesto contar. Antonio Castro Leal, que publicó una edición de las *Memorias* de Fray Servando con pasajes de cuatro textos diferentes y que "comprende la vida de Mier desde el sermón de Guadalupe hasta su última prisión en San Juan de Ulúa", señala que hay en ella "algunas lagunas que acaso no haya ya esperanza de llenar nunca —por ejemplo, sus tres años en Portugal y los ocho meses que pasó en los Estados Unidos en 1821" (1: p. VIII)². Arenas no sólo rellena con su imaginación algunos de esos huecos, sino que, por un lado, dedica varios capítulos a los últimos años del inquieto mexicano y, por otro, decide —como Byron en su *Don Juan*— no comenzar *in medias res* y buscar en la niñez del héroe una explicación a su peculiar manera de actuar. Y así lo imagina maltratado de niño por un maestro (gachupín, claro) que para castigarlo lo encierra en un retrete.

La oposición entre las novelas quedará todavía más clara si recordamos lo que Alejo Carpentier dijo de *El reino de este mundo* en el prólogo a esta novela, pues esto se aplica también a *El siglo de las luces*, y Arenas hizo todo lo contrario.

Verosimilitud/Inverosimilitud

En el prólogo mencionado, Carpentier escribe que "el relato (...) ha sido establecido sobre una documentación extremadamente rigurosa que (...) respeta la verdad histórica de los acontecimientos" (p. 16), y esto se aplica igualmente a *El siglo de las luces*, donde incluso el personaje de Sofía imaginado por Carpentier resultó que realmente había existido, según se nos explica en un epílogo. Sin embargo, la verdad es que Carpentier se toma ciertas libertades con los hechos. Emma Susana Speratti Piñero ha señalado, por ejemplo, que los historiadores coinciden en que, "antes de suicidarse, Henri Christophe pidió agua para lavarse y un traje blanco con el que intentaba simbolizar su inocencia y buenas intenciones", pero Carpentier "abandona el simple lavado con agua y la vestimenta blanca en favor de *ropa limpia y perfumes*, para luego presentarnos al monarca vistiendo *su más rico traje de ceremonias*, terciándose *la ancha cinta bicolor, emblema de su investidura y anudándose sobre la empuñadura de la espada*", con lo cual no permitió que el tirano se le ablandara y "acentuó en él hasta el final la egolatría y la petulancia del dictador nato" (p. 87). Todo esto resulta, sin embargo, completamente ve-

² En el capítulo séptimo de su tesis, Hadley aclara bastante la estancia de Fray Servando en los Estados Unidos; este auto se muestra por lo general contrario a Fray Servando, pero a pesar de su parcialidad y a veces debido a ella su obra es interesante y debería publicarse aquí en español.

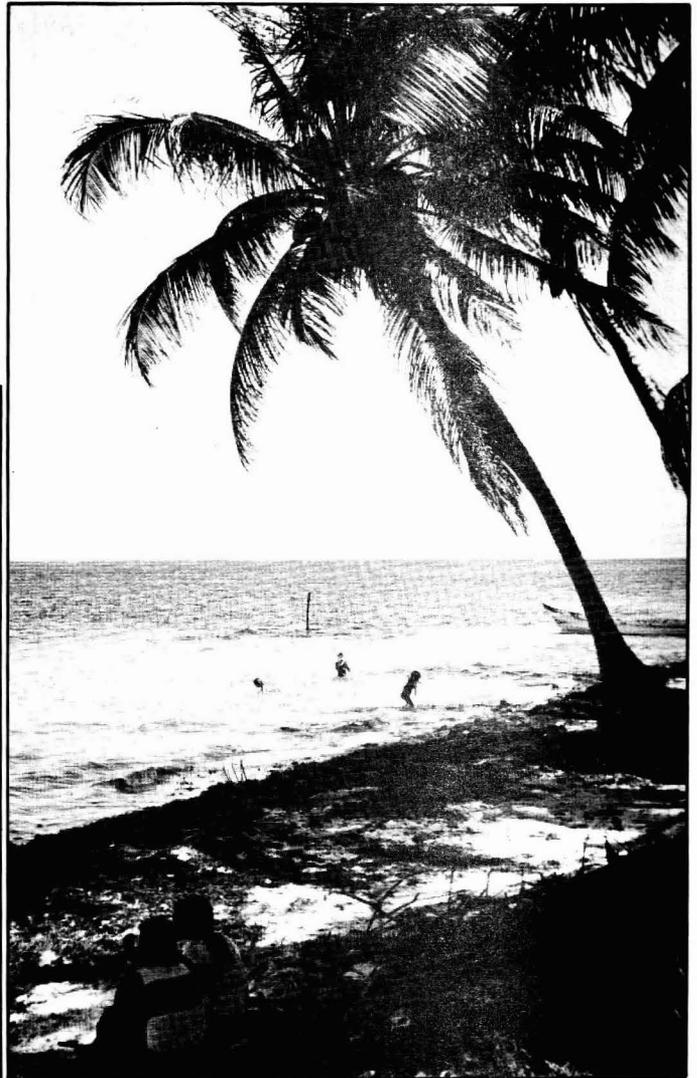
rosímil en oposición al relato de Reynaldo Arenas. Es cierto que hay en éste pasajes comparables al que acabo de mencionar. Por ejemplo, Fray Servando había dicho que “el día que echa uno la firma de su profesión en una religión relajada, echa la de su condenación con muy pocas excepciones. Los votos en ella son casi impracticables, las tentaciones muchas, y el mal ejemplo acaba por arrastrar al mejor” (2: p. 82); por su parte, Arenas cuenta que al ingresar al monasterio de Santo Domingo, Servando es arrastrado por el coro de los novicios a un salón, de donde a los pocos minutos logra salir desnudo y escapa por la escalera trasera de la capilla para caer en manos del padre Terencio, que resulta ser un pederasta todavía peor. Sin embargo, por lo general Arenas no se preocupa en absoluto de la verosimilitud.

Para probar esto bastan unos cuantos ejemplos. El padre Mier fue deportado a España en la fragata *La Nueva Empresa*, pero sólo menciona que la travesía duró cincuenta días; Artemio de Valle Arizpe únicamente agrega que la nave “fue muy combatida de las olas y cercada de tempestades” (p. 63), y Eduardo de Ontañón imagina que los marinos se burlan de Fray Servando, que inútilmente trata de probarles su inocencia. Reynaldo Arenas va mucho más allá: inserta todo

gañar al que no esté bien afianzado e instruído ... ponderaba con una exageración indecible y pintaba como si estuvieran hechos, los inmensos tesoros que gozarían en estas tierras, con la independencia, los habitantes de ellas” (Junco, p. 29); por eso no es extraño que cuando fue hecho prisionero se mantuviera incomunicado al padre Mier. Este se queja de que le pusieran grillos y se amenazara con excomunión *ipso facto incurrenda* a quien hablara con él, mientras que en *El mundo* asegura que “los oficiales españoles que ya conocían mi labia, me cosieron la boca con hilos de henequén y yo no po-



Fotos: Jorge Pablo de Aguinaco



tipo de peripecias y al final Fray Servando llega a Cádiz dentro de una ballena, que no era la primera en varar en esas playas, de acuerdo con un viajero alemán.³ La manera en que Reynaldo Arenas trabaja este episodio recuerda, por la desfachatez con que se narran las aventuras menos verosímiles, al barón de Münchhausen, que por cierto también viajó en una ballena. También otros pasajes recuerdan sus relatos. Es sabido que cuando la expedición de Francisco Xavier Mina desembarcó en Soto la Marina, Fray Servando se encargó de la propaganda, y un testigo aseguró que “el expresado doctor, con un semblante gracioso, voz sonora y una afluencia y facundia rápida como un torrente, capaz de en-

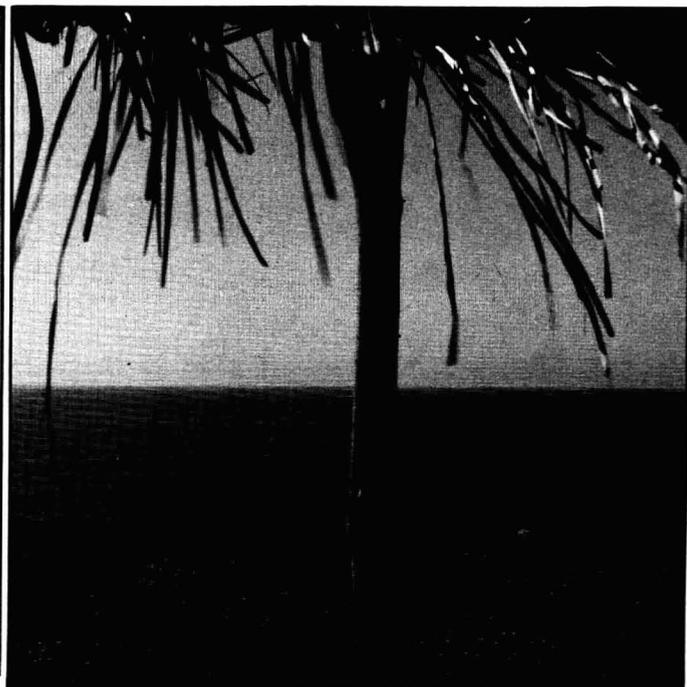
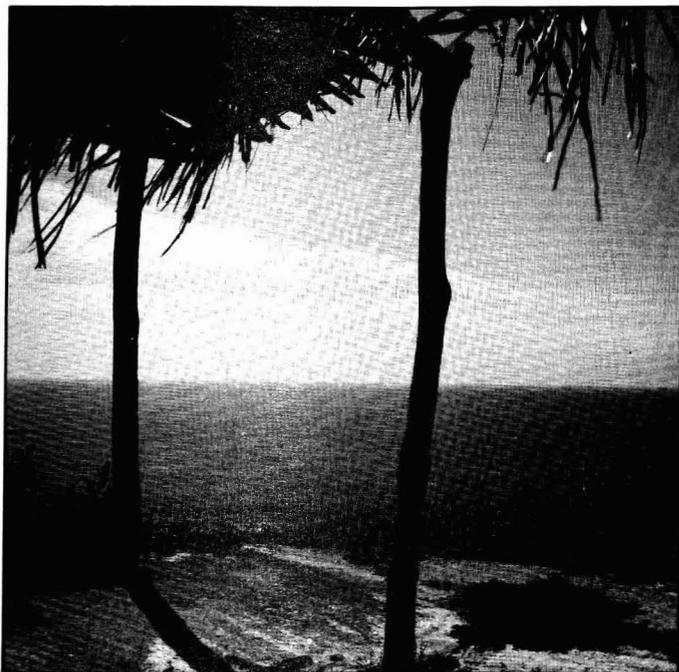
día más que resoplar y mover las manos desgarradas” (p. 179).

La posición de Arenas queda todavía más clara en el episodio de la fuga del convento de San Francisco en Burgos, donde Mier se hallaba detenido. Sus biógrafos apenas repiten lo que él mismo había contado, y Artemio de Valle Arizpe nos dice, por ejemplo, que el prisionero pensó escapar de la elevada celda en que se hallaba “valiéndose de un paraguas abierto con el que iba a bajar con toda suavidad por el aire; pero luego pensó cuerdateamente que, tal vez, ese vuelo arriesgado podría tener el mismo éxito que tuvo el que realizó Simón el Mago, quien se describió al caer de la máquina de su propia invención para surcar el espacio” (p. 79), por lo cual optó por emplear una soga para el descenso. En cambio, Arenas prefiere hacerlo escapar por medio del improvi-

³ Ulrico Schmidl escribe que al llegar a Cádiz en 1534 vio “echada sobre la costa ante la ciudad una ballena o *walfish* que tenía un largo de treinta y cinco pasos” (p. 31).

sado paracaídas, pero en vez de bajar el padre Mier se remonta y una corriente de aire se lo lleva hasta que ya no ve “ni al convento ni a los castillos abandonados, que es lo único que hay en toda España” (p. 66), sino el mar, pero logra maniobrar para aterrizar en la costa.

También trabaja del mismo modo la huida de Fray Servando a Portugal en octubre de 1805. Después de haber escapado en Sevilla de la prisión de Los Toribios, el padre Mier logró abordar en Cádiz un bote con destino a la población fronteriza de Ayamonte, pero éste tuvo que atracar en la más cercana de Rota por miedo a los navíos ingleses que bloqueaban a la flota francoespañola; el padre Mier escribe que al día siguiente continuó su viaje y que “se batían casi a nuestra vista la escuadra inglesa y la combinada de España y



Francia” (2: p. 245). Es cierto que da luego algunos detalles de la batalla, pero en ningún momento pretende haberla visto, como le reprocha uno de sus biógrafos. Hadley señala, en efecto, que el combate tuvo lugar frente al cabo Trafalgar, unas treinta millas al sur de Cádiz, por lo que Fray Servando, que iba hacia el norte, debe haber estado por lo menos a unas cuarenta millas de la lucha, de modo que es posible que haya visto algunos navíos ingleses que se hallaban frente a Cádiz y luego con ayuda de su imaginación completó el cuadro. Además, observa que de acuerdo con Fray Servando “sobrevino al fin de la batalla una tempestad horrible” (2: p. 245), pero “la verdad es que la tormenta mencionada tuvo lugar la víspera, ya que el día de la batalla hizo “buen tiempo” (p. 83). Dejando a un lado que Hadley se basa para decir esto en la *Enciclopedia británica* y en un libro sobre Trafalgar publicado en 1910, mientras que Robert Southey en la biografía de Nelson que publicó en 1813 asegura que “vino un vendaval del suroeste” y que “después de la acción la tormenta arrastró algunas de las naves capturadas hacia la costa” (p. 314),⁴ en *El mundo* Fray Servando tiene que “salir de aquel mar rojizo (...) navegando sobre olas de cadáveres, pues eran tantos que el agua muchas veces ni se veía”, hasta que “ya, en apareciendo el día, estaba frente a las costas de Portugal” (p. 155).

Es más interesante la forma en que Arenas reelabora el encuentro de Fray Servando con el licenciado Borunda, debido a que Artemio de Valle Arizpe lo había trabajado ya con imaginación y humor, y esto lo obliga a tratar de superarlo. De acuerdo con el Padre Mier, Borunda lo convenció de que el ayate del indio en que se hallaba pintada la imagen de la Guadalupana era en realidad la capa del apóstol Tomás, que había predicado el evangelio en el Anáhuac con el nombre de Quetzalcóatl; en sus *Memorias* refiere su entrevista con el viejo abogado aficionado a las antigüedades indígenas, pero no lo describe; en cambio, Valle Arizpe lo retrata con fervor estilístico —todo el pasaje es obra de un orfebre— y nos dice que era muy gordo y “por toda partes le colgaba floja y fáccida la carne, en un derrame incontinido”:

Hablaba bajando la voz a un bisbiseo de confesión, y luego progresivamente, la iba subiendo, subiendo, engrosándola cada vez más y más, hasta aparearla al hueco fragor

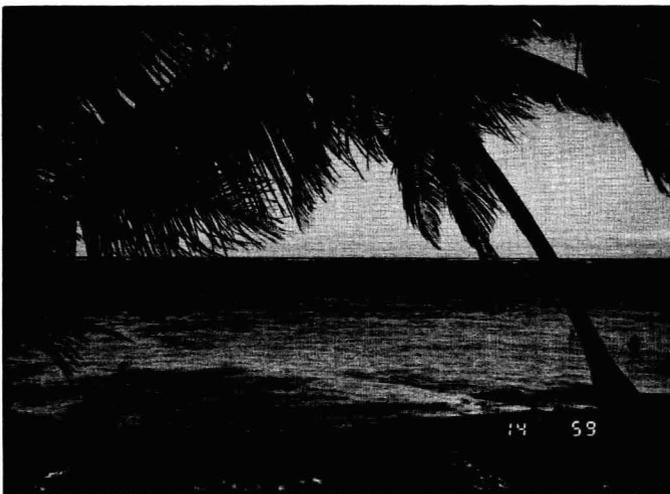
⁴ Los detractores de Fray Servando —y Hadley es uno de ellos— lo han presentado siempre como un echador incorregible y presuntuoso embustero; la carta que le envió a su amigo el doctor don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador fechada el 9 de noviembre de 1809 parece darles la razón por la manera en que cuenta sus hazañas durante la guerra contra los franceses. Fray Servando escribe, por ejemplo, que “todo nuestro campo se replegó al ímpetu de la caballería francesa; ya las balas de cañón enemigas penetraban hasta el río Alcañiz, y una me hizo a mí volar por los aires, pero caí sin lesión”; agrega que, después de la derrota de Belchite, estuvo a punto de ser arcabuceado, pero “valióme la pericia del idioma francés, y cuando aquella chusma de bárbaros de todas naciones me oyeron hablar en todas sus lenguas (pues sé nueve), me tomaron tal cariño que al otro día salvé la vida de quince soldados y dos oficiales en el acto de irlos a fusilar; a otro día, salvé a cuatro; otro, al Mayor de Caballería de Santiago, y al brigadier coronel de Olivenza: hice llevar a curar a setenta y dos heridos, que salvé: vestí a todos los prisioneros que habían quedado desnudos, y los alimenté un mes: hice mil otras cosas, porque mi instrucción para los gabachos era un prodigio; y me daban una canongía (...) para que me quedase de intérprete general del ejército (García Álvarez, p. 43 y p. 44). La carta da la impresión, en fin, de haber sido redactada por el propio barón de Münchhausen, pero las probanzas de las hazañas de Fray Servando se encuentran en el tomo sexto de la Colección de Documentos de Hernández y Dávalos, número 992 al 994, de donde la copia García Álvarez (pp. 47-50); lo único que no consta es que hablara nueve idiomas, y Hadley tiene razón cuando rechaza que el Padre Mier haya sido miembro del Instituto Nacional cuando estuvo en Francia en 1815 o que fuera obispo de Baltimore.

de un cañonazo. Entonces, parece que hasta se desprendían pedazos de enjarre de las paredes, que se bamboleaban los cuadros, y crujía de modo alarmante el envigado (p. 51).

Después, “la empezaba a descender con lentitud hasta no reducirla de nuevo a un tierno y confidencial susurro, para echarla inmediatamente hacia arriba” y, mientras aumentaba el diapasón, “le temblaba la copiosa papada de tres caídas y el vientre no le sosegaba en un agitado y constante subir y bajar”, de modo que el hombre parecía “una movediza gelatina” por “el oscilante zangoloteo de sus carnes”, que se estremecían en un alboroto inenarrable”. (p. 52).

No bien oyó Borunda lo que quería Fray Servando, cuando ya andaba dando brincos de un lado a otro, acarreándole con incansable actividad cantidad de libros”:

Derramó ante el admirado Fray Servando nutridos cartapacios de amarillos y arratonados manuscritos; le desenvolvió telas y más telas llenas de policromos jeroglíficos; le



mostró códices raros, mapas desteñidos, pinturas descascarilladas unas, ennegrecidas otras, pero todas horribles, y ante ese cúmulo de cosas extrañas disertó muy por extenso, con aquella su voz de desapacible sube y baja, aunada al zangoloteo de sus carnes fofas, y expuso innumerables datos y razones, según él, incontrovertibles, argumentos irrefutables también según su parecer, para demostrar que la Virgen de Guadalupe no se había aparecido, ¡quién!, en la tosca tilma de Juan Diego, sino en la fina capa de Quetzalcóatl (pp. 53-54).

En cambio, en *El mundo* Fray Servando encuentra a Borunda en una cueva de la que salían murciélagos. Este le habla de sus ideas y, al verlo vacilar, abre la boca y se mete la cabeza de Fray Servando que pudo así:

...ver su campanilla rodeada de murciélagos que volaban desde el velo del paladar hasta la lengua, se posaban sobre los dientes dando chillidos suaves y luego se perdían, alojándose en lo más oscuro de la garganta, donde se colgaban de las paredes del paladar y se quedaban dormidos al son del resuello del dueño de la vivienda, resuello que algunas veces era tan fuerte que los balanceaba y los despedía hacia afuera por las ventanas de la nariz (p. 34).

Todo el episodio se basa por lo demás en el de Valle Arizpe, pues Borunda también es aquí muy gordo —“Las carnes le saltaban por sobre los ojos y le tapaban las nalgas, lo cual le impedía hacer sus necesidades, según me dijo, y ésta era la causa de su gran gordura” (p. 33)—, sus palabras eran a veces “casi un murmullo secreto”, pero “luego comenzaba a levantar la voz, tan alto, que millares de murciélagos salían dando chillidos y tropezando con las paredes de la cueva”, que “soltaban pedazos de milenarias piedras”, y provocando “una lluvia de estalactitas” (p. 33); incluso los sepulta un derrumbe, pero emergen de los escombros. Además, Borunda le acarrea pruebas a Fray Servando:

...y dando saltos de todos tamaños lo vi perderse entre la oscuridad del laberinto. “Mira esto, mira esto”, me dijo, regresando de un solo salto, mientras empezaba a desenrollar una tela interminable (...). Luego vació ante mis



pies un saco de piedras de todos tamaños. “Aquí están las pruebas concluyentes”, dijo con una nueva voz que sonaba a triunfo (...). “¡Mira estos códices yucatecos!, ¡observa estas inscripciones zapotecas!, ¡y estos grabados zacatecas descendientes de toltecas! Ahora examina este millar de piedras chichimecas y verás que las pruebas son infalibles”. (p. 34).

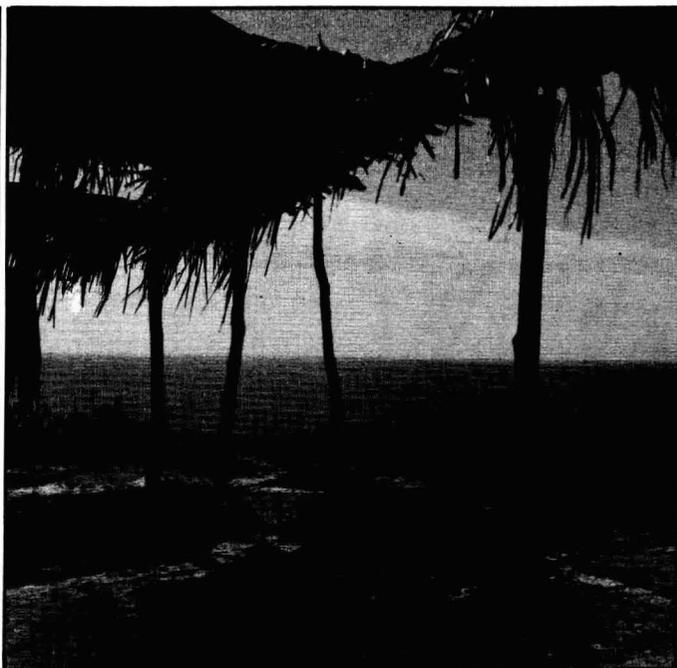
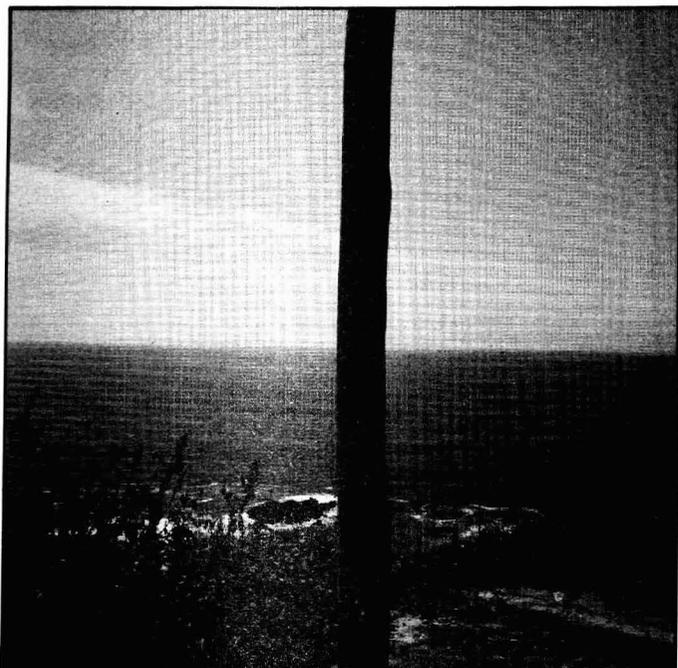
Cronologías/Anacronismos

En el prólogo del *Reino*, Carpentier explica que “el relato (...) oculta, bajo su aparente intemporalidad, un minucioso cotejo de fechas y cronologías” (p. 16); así, algunos personajes históricos como Blanchelande, que gobernaba en Saint-Domingue cuando se levantaron los negros en 1791, o Rochambeau, que se hizo cargo del gobierno al morir Leclerc y fue definitivamente derrotado en Vertières, tienen la función de “marcar hitos en el tiempo” (Speratti, p. 10); lo mismo pasa en *El siglo de las luces*, donde constantemente se mencionan personajes y acontecimientos históricos. En cambio, Reynaldo Arenas procede de un modo completamente

opuesto, pues el anacronismo es un recurso artístico en su novela.

Para empezar, Fray Servando estuvo en Francia dos veces; la primera vez entró por Bayona el 3 de abril de 1801, permaneció unos meses en esa población, pero luego se trasladó a Burdeos, conoció ahí al ecuatoriano conde de Gijón y lo acompañó a París, donde se hizo cargo de una parroquia y se quedó hasta poco antes de que entrara en vigor el concordato del 22 de abril de 1802 que restableció la jerarquía católica y por el que hubiera perdido inevitablemente su puesto (Hadley, p. 64); la segunda vez, Fray Servando llegó a Francia procedente de Inglaterra en julio de 1814, según declaró en cierta ocasión, o en noviembre, de acuerdo con la fecha estampada en su pasaporte (Hadley, p. 118), permaneció en París, donde conoció a Lucas Alamán, pero al regresar Bonaparte ambos dejaron la capital y el 25 de abril de 1815 se

grafos apenas le conceden atención a esa visita del libertador a la capital francesa, de donde regresó a Madrid lo más pronto posible para casarse con María Teresa Toro en mayo de 1802; ella murió en Venezuela, y Bolívar volvió a España en 1803; a principios de 1804 se encontraba por segunda vez en París, de donde realizó un viaje a Italia en compañía de Simón Rodríguez, pero volvió a la capital francesa para emprender otros viajes por Holanda, Alemania e Inglaterra, hasta que en septiembre de 1806 se embarcó para los Estados Unidos rumbo a Caracas. Reynaldo Arenas se refiere más bien a la segunda estancia en París, pues Bolívar vivía entonces en “su lujoso apartamento en el Hotel de los Extranjeros”, que estaba situado “a un paso del Palais Royal, centro de los excitantes placeres que ofrecía París” (Cuevas Cancino, p. 92) y se relacionó muy pronto con madame Fanny Dervieu du Villars, que “tenía veintiocho años y era



embarcaron en Dieppe rumbo a Londres. Valle Arizpe habla de ambas visitas a París en el mismo capítulo de su biografía, de modo que ahí mismo casi se confunden las épocas, y Reynaldo Arenas aprovecha esta posibilidad para enriquecer su relato con innumerables anacronismos que le permiten, entre otras cosas, exagerar la costumbre de Fray Servando de declararse amigo y tertulio de los personajes prominentes de su tiempo, ya que lo relaciona no sólo con Chateaubriand que según el padre Mier había comprado el primer ejemplar de la traducción de *Atala* hecha por él y Simón Rodríguez, alias Samuel Robinson y el abate Gregoire —a quien Fray Servando imitó en algunos aspectos— sino también con Madame de Stäel, que trata de seducirlo, Madame de Recamier y Benjamín Constant, a los que encuentra en el salón de Fanny du Villars, adonde asiste con Lucas Alamán y donde conoce a un “joven muy altanero, rebelde y orgulloso, un tal Simón Bolívar” (p. 129), así como al barón de Humboldt, a quien conoció en efecto en 1814 o 1815 por medio del abate Gregoire.

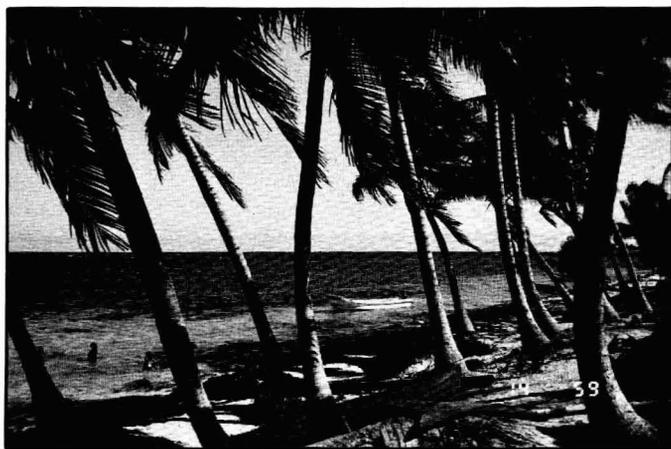
Es cierto que Simón Bolívar estuvo en París a fines de 1801 o a principios de 1802 y que en esa época pudo conocer a Fray Servando por medio de Simón Rodríguez, pero sus bió-

un poco mayor que Simón, estaba casada con el barón Dervieu du Villars, que casi la doblaba en edad” y además “estaba casi constantemente fuera de su hogar a causa de sus obligaciones en el extranjero” (Masur, p. 52); aparentemente, ella y Simón fueron amantes, y “la casa de Fanny Villars ha quedado transfigurada por obra y gracia de algunos biógrafos de Bolívar en uno de los salones más brillantes del París de la época” (Madariaga, p. 138)⁵, pero en realidad “el salón de Fanny era mediocre” y “que ocasionalmente llegaran grandes personalidades, y que los dineros de Simón permitieran lujosas fiestas, no convierte la casa de los Trobriand —ni siquiera sita en uno de los buenos barrios de París— en un centro de cultura y de política” (Cuevas Cancino, p. 93). Sin embargo, Reynaldo Arenas opta por la versión

⁵ Además, “las relaciones de Bolívar con Humboldt en Italia han dado lugar a fantasías no menores. Se supone que Bolívar vio a Humboldt en la Legación de Prusia en Roma, donde era Ministro a la sazón Guillermo Humboldt, hermano del geógrafo. Con tal motivo se barajan nombres ilustres entre los que circula Bolívar durante su estancia en Roma; y se inventa una excursión al Vesuvio, fundada en que Boussingault afirma tranquilamente que Bolívar, Humboldt y Gay Lussac hicieron juntos la ascensión al volcán en 1804, año en que ninguno de los tres se hallaba en Italia” (Madariaga, p. 138).

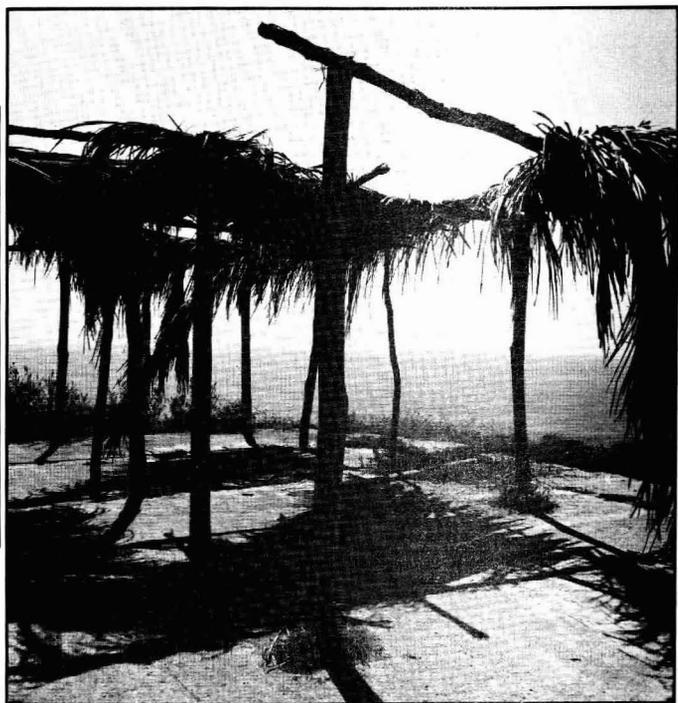
más favorable a Bolívar y se alinea con historiadores como Rufino Blanco Fombona, que reproduce un artículo supuestamente publicado en *Le temps* el 11 de junio de 1812, según el cual “El salón de Madame du Villars rivalizaba en el París tan brillante del consulado y de los primeros años del Imperio con el de Ségur, el de Madame de Talleyrand y el de Madame Houdetot”; en la misma nota se asienta que “Bolívar conoció ahí a Madame de Récamier y a Madame de Stäel, al príncipe Eugenio y a innumerables políticos, generales y sabios” (p. 35).

Por supuesto, Bolívar no pudo conocer en París a Madame de Stäel durante su segunda estancia en esa capital, porque ella había sido desterrada el 15 de octubre de 1803 y aunque trató de regresar en 1806 sólo se le dio permiso de residir en Ruan, adonde llegó el 10 de octubre, pero no se quedó mucho tiempo, pues el 17 de abril de 1807 recibió la orden de alejarse de la región parisina, a la que no volvió sino en 1814 (Adam, pp. 11-12). En cambio, Fray Servando hubiera podido conocer a Madame de Stäel en cualquiera de



las dos ocasiones en que estuvo en París, pero estos perseguidos no se encontraron nunca, sino en la imaginación de nuestros escritores. Valle Arizpe cuenta, en efecto, que el padre Mier llevó a Lucas Alamán, que a la sazón tenía veintidós años y realizaba un viaje de estudios por Europa, a la casa del obispo Gregoire, así como que a su vez su joven amigo le pidió que lo acompañara “a visitar a Benjamín Constant, después al vizconde de Chateaubriand” y “en seguida lo introdujo muy complacido en los lucidos salones de Madame de Récamier y a los no menos famosos de Madame de Stäel” (p. 96); la verdad, sin embargo, es que Alamán sólo asegura que en París conoció “al célebre Padre Mier y por su recomendación al Sr. Obispo Gregoire en cuya casa vi a muchas personas que hicieron papel en la revolución, así como en la casa del conde Montmorency Nicolai á muchos personajes de la restauración” (p. 15). Por lo demás, Valle Arizpe sólo se refiere de un modo vago a esas supuestas amistades, señalando, por ejemplo, que “Tanto la Récamier como la Stäel lo recibieron siempre con agrado ceremonioso” (p. 97), mientras que en el relato de Arenas, que también en esto trata de superar a don Artemio, emergen varias escenas, entre las que destaca precisamente la del encuentro de Fray Servando con Madame de Stäel. Hay otros anacronismos en *El mundo*, pues al principio Madame de Récamier y Benjamín Constant aparecen como amantes, lo que parece situar los hechos entre el 31 de agosto de 1814 y septiembre u octubre

de 1815, o sea la época en que realmente tuvieron una *liaison* —Constant redactó las memorias de la Récamier en enero y febrero de 1815—, pero más adelante Fray Servando anota en su diario que “Madame de Stäel ha recibido la orden de abandonar inmediatamente Francia. Ni siquiera pudimos despedirnos” (p. 133), lo cual ocurrió, como ya se dijo, en 1803 (Adam, p. 14 y 15). Por otra parte, el barón de Humboldt viajó por el continente americano entre 1800 y 1805, escribió la mayor parte de su obra en Francia entre 1811 y 1827 y conoció a Bolívar en 1805 y a Fray Servando en 1814 o 1815, pero en *El mundo* se confunden las épocas, pues al principio se dice que ya había vuelto de América —“Conoce a la América mejor que la mayoría de los americanos (p. 129)... Hablamos de los ríos que él conoce de memoria, y hasta de los más insignificantes arroyuelos” (p. 130)— y luego que apenas iba —“Vino a despedirse. Hablamos muy



poco y yo, al final, le dije: Si se queda Ud. mucho tiempo por allá, de seguro nos veremos. Así será, me respondió. Y nos reímos” (p. 133).

De manera semejante se maneja el tiempo en otros pasajes. Artemio de Valle Arizpe dice que los padres de Fray Servando tuvieron muchos hijos, de los que sobrevivieron “Josefa, Adriana, Servando, Vicente, Froylán, Joaquín Antonio y otra Josefa” (p. 27), y el hecho de que le dieran el mismo nombre a dos de sus hijas, de las que una era mucho mayor que la otra, da lugar a que Arenas las convierta en gemelas:

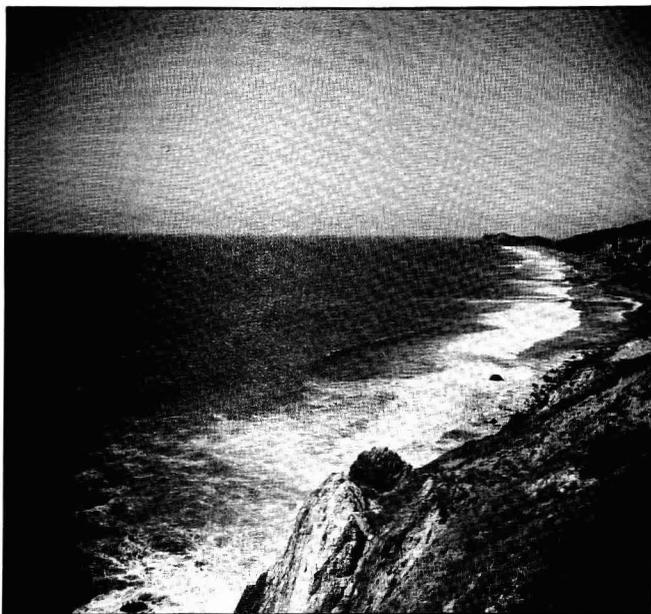
Venimos del corojal. No venimos del corojal. Yo y las dos Josefás venimos del corojal...

... Y todo el sol raja las piedras. Y entonces: ya bien rajaditas yo las cojo y se las tiro en la cabeza a mis Hermanas Iguales (p. 11).

Además, en cierto momento Fray Servando viaja con Francisco Xavier Mina por el sur de los Estados Unidos *en un tren* y en otra parte se encuentra caminando por la calle de México que actualmente lleva su nombre.

Precisión geográfica/Anatopías

Alejo Carpentier afirma que el *Reino* se basa en “una documentación rigurosa” que respeta los nombres “de lugares y hasta de calles” (p. 16) y en realidad reconstruye de una manera minuciosa el escenario en que se mueven sus personajes. Los críticos han mostrado que en *El siglo de las luces* se aprovecha una descripción que hizo de La Habana el barón de Humboldt y han hallado también las fuentes de la descripción de Paramaribo en esa novela; además, han encontrado en el *Reino* observaciones Moreau de Saint Mary y otros viajeros.⁶ Todos esos datos permiten afianzar la ficción en la realidad. En cambio, Reynaldo Arenas irrealiza el escenario en que se mueve Fray Servando, a pesar de que sus descripciones se basan en las del mexicano. Este había escrito que “Del plano de las ciudades nada hay en Europa que se pueda comparar a las ciudades de nuestra América ni de los Estados Unidos. Todas aquellas parece que fueron fundadas por un pueblo enemigo de las líneas rectas. Todas son



calles y callejuelas tuertas, enredijos sin orden y sin apariencia” (2:p. 56); Arenas lo hace decir que “son tan estrechas esas calles que la gente tiene que caminar de lado sin ver nunca el cielo, por lo cual cuando una persona va atravesando un tramo, la que viene en dirección contraria tiene que agacharse, treparse a una ventana o tirarse al suelo y esperar a que le pasen por arriba; y algunas veces se matan en esta discusión de quién es el que tiene que agacharse y quién el que va a cruzar por encima” (p. 78); también, que en Roma las calles son “tan intrincadas, que muchos se pierden en ellas, sin encontrar jamás sus casas; y ése es el motivo por el que la mayoría de los habitantes (...) salen con un cordel, que amarran al portal de la vivienda, y van desenrollándolo a medida que avanzan para no perderse” (p. 137). En estos

⁶ Véanse “El siglo de las luces, novela filosófica”, de Robert Desnos, en *Homenaje a Alejo Carpentier: Variaciones interpretativas en torno a su obra*, ed. Helmy Giacomani (Nueva York: Las Américas Publishing Co., 1970) y “Les sources de l'évocation de Paramaribo et son élaboration littéraire dans *El siglo de las luces*”, de Noël Salomon, en *Mélanges à la mémoire d'André Joucla-Ruau* (Aix-en-Provence: Université de Provence, 1978), así como el libro de la profesora Speratti-Piñero y sobre todo la segunda parte.

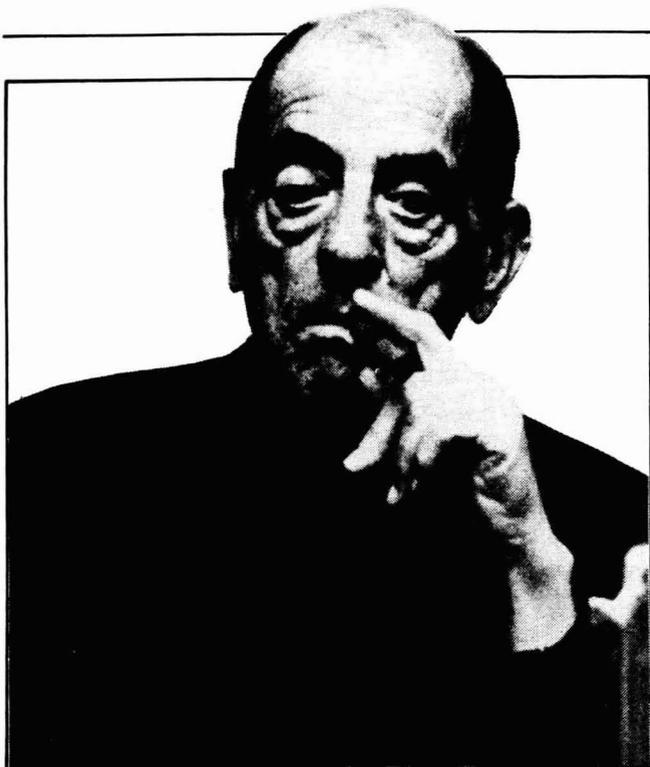
casos se logra crear un ambiente irreal exagerando las descripciones de Fray Servando, mientras que en otros pasajes se obtiene el mismo efecto mediante la mezcla de objetos de diferentes regiones y vocablos de distintos dialectos, como en el capítulo primero, donde Servando menciona a “el bebecicha del maestro” (p. 11) y habla, por otra parte, de “comprar un acocoté —para cuando llegara el tiempo de sacar el aguamiel— para sacarla —para hacerla pulque” (p. 12), o en el capítulo sexto, donde se dice que “Las vendedoras de pan de maíz y de pinole habían llegado a la catedral desde muy temprano, posesionándose de los lugares más estratégicos. Y los comerciantes más arriesgados deslizaban por debajo de las jabas, canecas de chicha, a un precio que se ajustaba a la trascendencia del ritual de ese domingo” (p. 37). Es claro que en México se come pan de maíz y *pinole*, pero no se usan *canecas* ni se bebe *chicha*, sino *pulque*, y las *jabas* se llaman *huacales*. Reynaldo Arenas sabe muy bien esto; la transgresión es deliberada; en su novela, son recursos válidos los anacronismos y anatopías, lo mismo que la ruptura de lo verosímil. Es innegable que quiso contra decir la práctica novelística establecida por Carpentier⁷ y que al hacerlo subrayó la autonomía del arte. Una novela tiene sus propias reglas que no tienen que ser necesariamente las de la realidad.

Literatura/Mitología

Tal vez la principal diferencia entre *El siglo de las luces* y *El mundo alucinante* es involuntaria y radica en que en su novela Carpentier convirtió a Victor Hugues en un personaje literario, mientras que Arenas en la suya logró transformar a Fray Servando en un personaje mitológico. Los personajes de este tipo se caracterizan porque realizan proezas inauditas, pero que rápidamente se vuelven simbólicas, de modo que cualquiera puede identificarse con ellos. El padre Mier es sobre todo conocido por haberse alojado en los más terribles presidios españoles y haberse escapado de todos ellos; en cierta forma, se evadió incluso de la tumba, porque se le desenterró durante una revuelta y su cuerpo momificado fue vendido posteriormente al propietario de un circo, que lo exhibió en Bélgica, donde se perdería su rastro. Por eso me parece especialmente importante el pasaje de *El mundo* en que, cuando se encuentra preso en San Juan de Ulúa, Fray Servando escarba con las uñas el piso de piedra para salir a los arrecifes, pero sólo cae en otro calabozo más húmedo⁸. Cada escapato-

⁷ No hay que olvidar, sin embargo, que Carpentier evolucionó después como novelista. Es cierto que había cierta *desubicación* en *Los pasos perdidos*, donde el protagonista procede de un país industrializado que parece una mezcla de Francia y los Estados Unidos, sobre todo, pero las anatopías son mucho más notables y consistentes en *El recurso del método* (19) donde se manejan regionalismos del mismo modo en que lo hace Arenas. Además, el anacronismo es un recurso muy importante en el *Concierto barroco* (1974), donde Scarlatti, Haendel y Vivaldi discuten la música de Stravinsky, por ejemplo. Esta evolución culmina en *El arpa y la sombra* (1979), donde se reelabora la vida de un personaje histórico desde su propia perspectiva. Se trata, por lo demás, de un personaje cuyo mito se enriquece con esta novela. ¿Habrán influido en Carpentier las críticas implícitas en la novela de Arenas?

⁸ El mismo esquema se encuentra en otros episodios de la novela, como el que mencioné antes de la llegada de Servando al monasterio de Santo Domingo. Dicho sea de paso, hay un episodio muy parecido en la película *Bananas*, de Woody Allen, donde el protagonista está a punto de ser fusilado, pide un cigarrillo, lo usa para prender una bomba que tenía oculta, la arroja al pelotón y logra trepar al paredón y saltar al otro lado, donde de nuevo se encuentra frente a un pelotón de fusilamiento que estaba por ejecutar a otro condenado.



Luis Buñuel

ria termina tarde o temprano en otra prisión. Eso es lo que convierte a Fray Servando en un símbolo de la condición humana. No hay que olvidar que en la novela también “el pueblo (francés) había logrado cambiar de gobernante, pero con ello no había hecho más que cambiar de tiranía”, pues “las mismas personas de antes de la revolución, y los que se aprovecharon de ella, volvían a ocupar grandes cargos” (p. 136); es claro que con esto se alude a lo que pasó en Cuba. Por eso el padre Mier representa nuestro anhelo de libertad y es también una reencarnación del mito de Sísifo, que aquí aparece perdido en un laberinto concéntrico de prisiones. “El doctor Mora toca en lo vivo”, como señaló Alfonso Reyes, “cuando dice que sus prisiones no sólo las sufrió (Fray Servando) con resignación y constancia sino también con alegría” (p. xx), pues sólo así pudo dominar *el arte de la fuga*.

También a Reynaldo Arenas se le escapó en cierta forma Fray Servando, porque, como señala David A. Brading, “la fascinación de su carácter picaresco y de su carrera han tendido a oscurecer la originalidad y el significado de su obra” (p. 62). El padre Mier sostuvo que la Guadalupana había tenido culto en el Tepeyac desde antes de la Conquista porque el apóstol Tomás había predicado en México con el nombre de Quetzalcóatl; en consecuencia, “salió desterrado de su patria”, como señaló también José María Luis Mora, “por haber procurado destruir, aunque no por el camino más acertado, el título más fuerte que en aquella época tenían los españoles para la posesión de estos países, a saber: la predicación del Evangelio” (Reyes, p. xvi). La publicación que hizo de la *Breve relación de la destrucción de las Indias* tenía el propósito de desacreditar a los españoles, y el relato de sus viajes, en el que hay pocos comentarios favorables a los peninsulares, es igualmente subversivo porque está destinado a combatir la imagen que se tenía de la metrópoli en América⁹. Desafortunadamente, no siempre se ha percibido la relación de ese relato con los escritores que publicó en el periódico *El español* o

⁹ Si no fuera porque Fray Servando existió realmente y no es un autor imaginario, habría que colocar el relato de sus viajes al lado de las *Lettres persanes* (1721) y toda la secuela de *Lettres chinoises* (1735), *Lettres siamoises*

con su historia de la Guerra de Independencia, pero hasta sus supuestas contradicciones y desplantes se explican por su lucha contra el colonialismo y las tiranías. En *El mundo* se pierde un poco esta coherencia del personaje, que sin embargo ingresa en la dimensión mitológica.

Los personajes literarios son prisioneros de las obras en que aparecen y si alguna vez los vemos en escena o en la pantalla, es porque toda la obra ha sido objeto de una adaptación especial;¹⁰ además, son relativamente menos conocidos que sus autores, mientras que todo lo contrario pasa con los personajes mitológicos. Robinson Crusoe es indudablemente más conocido que Daniel Defoe y que cualquiera de los escritores que han reelaborado su historia. Esta ha proliferado en obras muy distintas, desde *Der schweizerische Robinson*, de Johan David Wyss, hasta *Suzanne et le Pacifique*, de Giraudoux, o *Vendredi ou les limbes du Pacifique*, de Michel Tournier, pasando por las *Images à Crusoe*, de Saint John Perse, y ese poema en que Borges evoca al precursor de todos los robinsones, el escocés Alexander Selkirk; incluso en el cine tenemos un *Robinson Crusoe*, de Luis Buñuel, y un *Man Friday*, de Jack Gold, muy dignos de tomarse en cuenta. En mi opinión, lo mismo está comenzando a pasar con Fray Servando. Él mismo escribió que a un oficial español “mi vida le pareció una novela y seguramente fingida” (2: p. 205), y la relación de los diez años comprendidos entre su llegada a España y su huida a Portugal ha sido comparada con las memorias de Casanova por el análisis penetrante, la imaginación, las aventuras y las descripciones de lugares y personas. Alamán sugirió que se escribiera su biografía, y Manuel Payno publicó en 1865 una que aparentemente quedó inconclusa¹¹, por lo cual sólo mucho después se escribirían las que he mencionado. Esas obras son ya importantes, pero sólo constituyen una primera etapa en el desarrollo del mito; la segunda comienza precisamente con *El mundo alucinante*, que ya es una novela. Esta se ha traducido a varios idiomas y ha despertado cierto interés por el inverosímil mexicano. El padre Mier se escapará por eso muy pronto de nuestras letras, y yo estoy convencido de que reaparecerá más allá de nuestra lengua en otra novela, en una película o en una ópera. ♦

(1761), *Lettres d'un Indien à Paris* (1738), etc. etc., en que un extranjero describe a los franceses o a otros pueblos de Europa de un modo no muy complaciente. Es claro que por lo menos en parte Fray Servando escribió en respuesta a los “de propósitos y mentiras” de don Pedro de Estala, que tradujo al español el *Viajero universal* y luego le agregó algunos capítulos de su cosecha, para escribir los cuales “preguntaba a cualquier gachupín, en cuya compañía fingía viajar, ayudándose también de algunos diccionarios, obras por su naturaleza incompletas e inexactas” (2: pp. 186-187). Además, para entender cabalmente el relato de Fray Servando es necesario situarlo en el contexto de lo que Antonello Gerbi llama *La disputa del Nuevo Mundo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2da. ed. en español, corregida y aumentada, 1982). Así lo hace hasta cierto punto David A. Brading, pues recuerda por ejemplo, la opinión de que “influye el cielo de la América inconstancia, lascivia y mentira: vicios de los indios y la constelación los hará propios de los españoles que allá se criaron y nacieron” (p. 28), así como que el padre Mier describió a los europeos como “los pueblos decrepitos y corrompidos del lujo, la ambición, la inmoralidad y el libertinaje” (p. 134). Entre su relato y los libros de la señora Calderón, Chevalier, Vignaud y otros viajeros europeos hay un diálogo parecido al que luego se entabló entre *Innocents abroad*, de Mark Twain, y las impresiones del viaje de Oscar Wilde por los Estados Unidos.

¹⁰ Esto es lo que ha pasado con Victor Hugues debido a que *El siglo de las luces* ha sido llevado a la pantalla por Miguel Littin.

¹¹ Se trata de “Vida, aventuras, escritos y viajes del Doctor D. Servando Teresa de Mier”, que se publicó en México como suplemento del periódico *El año nuevo*. Castro Leal observa que “el ejemplar de la Biblioteca Nacional de México sólo llega a la pág. 48”, mientras que el de su amigo don Juan B. Iguíniz “tiene algunas páginas más” (1: p. xiv).